

Incorporación de género en la macroeconomía*

Nilüfer Çagatay

El análisis económico de las relaciones de género es bastante reciente. Aunque los economistas ya han debatido en instancias aisladas acerca de las "cuestiones de las mujeres" desde los años de 1930 y 1950, el concepto de relaciones de género como una categoría socialmente construida que puede tener vínculos sistémicos con la economía, empezó a surgir solamente después de los comienzos de los años setenta. El examen del género y de las relaciones de género, desde un punto de vista macroeconómico, es aún más reciente. En los años setenta, empezó a reconocerse que el desarrollo económico, en términos generales, había afectado, de forma diferente, a mujeres y a hombres en el mundo en desarrollo.

De igual modo, en los años ochenta, las feministas, en general, y las economistas feministas, en particular, plantearon que las políticas macroeconómicas implementadas durante esta década en el mundo en desarrollo, dentro del contexto de las políticas de ajuste estructural, no fueron neutrales en términos de género, en lo relativo a sus efectos. También, se reconoció que la dirección causal entre la macroeconomía y las relaciones de género podía moverse en ambas vías. Así, una línea de análisis, iniciada con el reconocimiento de los efectos no neutrales de las políticas macroeconómicas, evolucionó hacia una dirección donde se centró en los efectos de retroalimentación que las relaciones de género tenían sobre la macroeconomía.

El análisis macroeconómico puede describirse como el análisis de la amplia interacción económica de unos pocos mercados altamente agregados. Usualmente, como mínimo, los macroeconomistas definen tres mercados agregados: el mercado laboral, el mercado de activos y el mercado de bienes. Basándose en una comprensión conceptual de la constitución de estos mercados, los macroeconomistas especifican funcionalmente las conexiones y la naturaleza de la interacción entre ellos. Esto posibilita la construcción de modelos que pueden captar es

tas relaciones en diferentes grados de detalle y complejidad, en dependencia del tema a tratar.

Después de desarrollar un modelo de trabajo, es posible agregar lo que inicialmente se había dejado por fuera, tales como el sector externo y el gobierno, y estudiar cómo su inclusión altera la forma de comportamiento del modelo, bajo diferentes escenarios hipotéticos. En otras palabras: primero, se construye un marco de referencia y, luego, se desarrolla los modelos formales dentro de ese marco. El paso siguiente en el análisis macroeconómico involucra trabajo empírico. Este puede asumir la forma de análisis históricos de países individuales con un análisis estadístico de datos sobre series de tiempo, o de un análisis comparativo de diferentes países, utilizando datos de corte transversal.

La meta final es identificar lo que está afectando la economía y determinar qué tipos de política pueden ser formuladas para establecer condiciones de crecimiento de tal forma que se logre un incremento estable en los niveles de ingresos *per capita*.² Para los macroeconomistas, esto implica la búsqueda de tres tipos de objetivos políticos: lograr la estabilidad de precios (es decir, mantener la inflación o la deflación bajo control), pleno empleo y balance del sector externo. Para lograr estos objetivos, los planificadores pueden usar tres instrumentos tradicionales: la política fiscal, la política monetaria y la política de la tasa de cambio.

La suposición general que prevalece entre los economistas es la de que estos objetivos e instrumentos de las políticas son neutrales en relación con el género. Esta ponencia revisa un conjunto de trabajos recientes que desafía esta visión tradicional, y argumenta que:

1. las políticas macroeconómicas, por lo general, tienen sesgos de género en sus efectos, y
2. las desigualdades de género en los niveles micro y meso tienen implicaciones macroeconómicas.

Luego de una revisión breve sobre la forma en que la economía del género ha evolucionado en el transcurso

del tiempo, en las próximas cuatro secciones se discute la relevancia del género en el contexto de los diferentes aspectos del análisis macroeconómico, esbozado arriba; es decir, el nivel conceptual, el de modelos, el empírico y el de formulación de políticas.³ La última sección ofrece un resumen breve de los esfuerzos hechos en el PNUD en el área de género y macroeconomía.

Revisión de los conceptos

El género, generalmente, se define como los significados sociales dados a las diferencias sexuales biológicas. Es un estratificador social y, en este sentido, es similar a otros estratificadores, tales como raza, clase, etnia, sexualidad y edad. Es una construcción ideológica y cultural, pero, también, se reproduce dentro del espacio de las prácticas y, a su vez, influye sobre los resultados de tales prácticas. En economía, las economistas feministas utilizan el género como una categoría analítica, junto con otras categorías tales como clase y raza. El propósito final de los ejercicios analíticos es encontrar políticas que ayuden a erradicar las desigualdades sociales, particularmente (*pero no exclusivamente*) aquellas basadas en el género.⁴

El género es la base de una división del trabajo muy elemental dentro de la mayoría de las sociedades: la división entre actividades "productivas" y "reproductivas". Las actividades productivas se refieren a las actividades que generan ingresos, generalmente vinculadas al mercado. Las actividades reproductivas se refieren a las actividades de cuidado y desarrollo de las personas. Las diferencias biológicas determinan quién da a luz a los hijos, pero por sí solas no pueden explicar por qué las mujeres, también, deben ser, predominantemente, las responsables de cuidar a los niños, atender a los enfermos, los mayores y, en resumen, del trabajo reproductivo.⁵ Según el lugar y el tiempo, estas actividades pueden variar desde hacer compras hasta cumplir con las tareas de preparación de alimentos, aseo y sanidad: reparación y costura, acarreo de agua y combustible. Pero cualquiera que sea su composición exacta, en la mayoría de las sociedades y a lo largo de la historia, son realizadas, casi siempre, por mujeres bajo condiciones de trabajo no remunerado.⁶ Lo anterior, en claro contraste con el trabajo "productivo" que encuentra remuneración en el mercado, realizado, mayoritariamente, por hombres.⁷

El hecho de que las mujeres sean las principales responsables del trabajo reproductivo es un fenómeno social más que biológico, el cual se explica por las "relaciones de género", vale decir, por la suma de costumbres, convenciones y prácticas sociales que regulan la relación

multifacética entre hombres y mujeres en una sociedad dada.

Es en este sentido, que podemos hablar de la construcción de una identidad de género para hombres y mujeres y afirmar que los hombres, al igual que las mujeres, se ven afectados por las relaciones de género, claro está que no de la misma forma. La asimetría de poder entre hombres y mujeres sigue siendo una característica persistente de las relaciones de género en todo el mundo. Dentro de la familia, por ejemplo, la desigualdad de género en la distribución de los recursos, la adopción de decisiones y la asignación del trabajo de los miembros de la familia, es más la norma que la excepción. Las familias se caracterizan, tanto por la cooperación, como por el conflicto (Sen, 1990).

Las economistas feministas han utilizado el *género* como una categoría de análisis, especialmente, en los niveles micro y meso para criticar los enfoques ortodoxos en la economía y para construir un enfoque nuevo. Esto es un ejemplo de la incorporación del género en las corrientes centrales de la conceptualización, la teorización y los niveles empíricos, lo que, posteriormente, posibilita la formulación de políticas económicas que tienen contenido de género.

La economía del trabajo y la "nueva economía del hogar" son dos áreas, bien conocidas, de la investigación económica feminista. La corriente central de la economía, con su enfoque ciego al género, había asumido que los hogares eran espacios armónicos con normas de consumo igualitarias y planteaba que la especialización basada en el género al interior del hogar era un arreglo eficiente en la línea de la teoría de la ventaja comparativa. Por tanto, no es sorprendente que la dirección de la investigación en la corriente central haya sido considerada poco satisfactoria por muchos economistas, quienes empezaron a analizar la discriminación de género, la segmentación y la segregación en el mercado de trabajo, y las desigualdades en el hogar. Con el impulso adicional del movimiento de mujeres empezaron a surgir nuevos enfoques dirigidos hacia las preocupaciones feministas, y criticar, de paso, la estrechez de los modelos centrales resultantes del supuesto de que el mercado ofrece soluciones óptimas para todos. ⁸ En estas concepciones nuevas, el punto de partida para el análisis era la economía real, tal como existía, no los experimentos mentales abstractos de la corriente central de la economía, los cuales teorizan sobre el comportamiento óptimo del agente "representativo" con su imputada orientación racional hacia el mercado.

Sin embargo, hasta hace poco, las implicaciones macroeconómicas del género como categoría analítica no habían sido bien exploradas. Las excepciones eran el trabajo sobre medidas agregadas de trabajo no remunerado, la relación entre los ciclos macroeconómicos y los patrones de empleo con contenido de género en las economías industrializadas, y las críticas feministas a las políticas de ajuste estructural y estabilización macroeconómica, por sus efectos con sesgos de género y en contra de los pobres.⁹ Sen y Grown (1987) representan una crítica inicial de tales políticas.¹⁰ Esta última línea de pensamiento, también, dio origen a la idea de que las desigualdades de género influyen sobre los resultados macroeconómicos.

Marco conceptual y hechos sobre género

Los puntos de partida conceptuales para los nuevos enfoques con contenido de género del análisis macroeconómico pueden resumirse en tres grandes propuestas (Cagatay, Elson y Grown 1995a):

1. Aunque las instituciones sociales no tengan, intrínsecamente, un contenido de género, sustentan y transmiten sesgos de género. Al ser instituciones construidas socialmente, los "mercados libres" también reflejan y refuerzan las desigualdades de género.

2. El costo de reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo en una sociedad determinada sigue siendo invisible mientras la gama de la actividad económica no incluya el trabajo "reproductivo" no remunerado. Por tanto, el trabajo no remunerado necesita hacerse visible, y el significado económico de trabajo debe ser redefinido para incluir el trabajo reproductivo no remunerado.

3. Las relaciones de género desempeñan un papel importante en la división del trabajo, la distribución del trabajo, el ingreso, la riqueza y los insumos productivos, con importantes implicaciones macroeconómicas. Esto, también, implica que el comportamiento económico tiene contenido de género.

Marco de referencia institucional y legal

Debido a que el análisis macroeconómico tradicional asume la estructura legal e institucional de la economía como algo dado, éste termina siendo ciego frente al género y no neutral frente a él. No tiene en cuenta los sesgos masculinos en la legislación laboral, en los derechos de propiedad y de herencia, todos los cuales restringen y moldean la actividad económica de las mujeres. Hasta hoy, en algunos países, las mujeres casadas tienen que obtener legalmente el permiso de sus esposos para tener

un empleo o reubicarse; en otros, con la pretensión de protegerlas, se les prohíbe el ingreso a determinadas ocupaciones y áreas de trabajo.

En algunos casos, las mujeres no pueden trabajar en turnos nocturnos y, en casos extremos, se les prohíbe trabajar fuera del hogar.

Nuevamente, ante la ley, la posición de las mujeres puede ser bastante inequitativa en relación con la de los hombres en términos de los derechos de propiedad y de herencia. En algunos países, las mujeres al casarse pierden el derecho a disponer de su propiedad y, en otros, las hijas no tienen iguales derechos de herencia que los que gozan los hijos varones. Igualmente, las mujeres también están sujetas a otras restricciones dentro y fuera del hogar, las cuales, aunque no están legalmente sancionadas, emanan de las normas y convenciones sociales que no se cuestionan por la legislación social. En muchas partes del mundo, no es raro que las mujeres se enfrenten con una coerción sistemática respecto a su trabajo, tanto dentro, como fuera del hogar, con poca o ninguna posibilidad de contar con apoyos legales. Por consiguiente, no siempre tienen total control y mando sobre su propio trabajo o su propiedad.

Aunque la naturaleza exacta de estas restricciones legales y convencionales puede variar de un país a otro, típicamente son tan resistentes que moldean la actividad económica de las mujeres. Incluso, cuando tienen propiedad, las ambigüedades sociales y legales respecto a sus derechos de propiedad impiden a las mujeres el acceso independiente a los mercados crediticios, y limitan, en forma severa, sus posibilidades de éxito en el campo empresarial y el autoempleo.

De igual forma, cuando las costumbres y prácticas sociales que le asignan a las mujeres la responsabilidad exclusiva de la reproducción física y social siguen siendo la norma social, las mujeres ingresan al trabajo remunerado en la fuerza laboral en una posición desventajosa aún en ausencia de restricciones legales y de discriminación "pura". Los empleadores pueden justificar su renuencia a contratar mujeres para empleos que conllevan un conocimiento y capacitación específicos por temor a que ellas se vayan inesperadamente debido a sus responsabilidades maternas, o al ofrecerles una remuneración más baja para compensar sus tasas de rotación mayores. Como resultado, las mujeres tienden a concentrarse en empleos de baja calificación y baja remuneración, donde la alta rotación no importa tanto, o en aquellas líneas de trabajo que no interfieren con sus responsabilidades reproductivas.

Visualización del trabajo femenino en los sectores productivo y reproductivo

De los cuatro componentes del trabajo afectados por el subregistro --la producción de subsistencia, el sector informal, el trabajo doméstico y las actividades voluntarias-- la inclusión de los dos primeros en las cuentas nacionales no necesitó de mucha reorientación conceptual (Benería, 1992).

El sector informal, a la larga, incluye actividades remuneradas que no se registran, así que el problema es más práctico que conceptual. Igualmente, la producción de subsistencia, aunque no es remunerada, se considera que produce bienes mercadeables. Por consiguiente, desde los años cincuenta, las cuentas nacionales de muchos países han sido ajustadas para este tipo de actividades. Pero, el sentido económico de incluir el trabajo doméstico y las actividades voluntarias en las cuentas nacionales ha sido cuestionado. Dejando de lado las consideraciones de equidad de género, no fue de fácil aceptación el que estas actividades pudieran tener significación económica. Sin embargo, cuando las políticas de ajuste estructural de los años ochenta fueron objeto de un escrutinio crítico, se hizo demasiado evidente para ignorar la importancia del vínculo entre los sectores productivo y reproductivo de la economía.

Como es bien sabido, durante los años ochenta, muchos países en desarrollo, abocados a serias dificultades con sus balanzas de pago, fueron obligados a implementar políticas de ajuste estructural y de estabilización macroeconómica. Estos programas consistían, por una parte, en medidas de austeridad de corto plazo, dirigidas a mantener la demanda agregada bajo control para poder bajar la inflación y disminuir los déficit fiscales y de cuentas corrientes y, por otra parte, en políticas de largo plazo formuladas para liberalizar el comercio, desregular y privatizar. Según los proponentes de estas políticas, cualquiera que sea el impacto inicial causado por el desequilibrio macroeconómico, las crisis de la balanza de pagos casi invariablemente implican una situación en la cual la demanda de bienes transables excede su oferta. La solución debe, entonces, involucrar un cambio en la producción hacia, y en la demanda un alejamiento de, bienes transables. Se plantea que el sistema de mercado, si se le permite operar libremente, produciría, automáticamente, este resultado. En otras palabras, se cree que los mercados pueden y resolverán el problema si son lo suficientemente flexibles. De aquí que el objetivo general de los programas de ajuste estructural sea el de mejorar la capacidad de respuesta del sistema de mercado, y eliminar

las rígideces y restricciones estructurales e institucionales que inhiben el ajuste del mercado.

Generalmente, lo primero que se pone bajo escrutinio es la excesiva intervención gubernamental en la economía. Por ejemplo, los programas estatales, tales como los subsidios de precios, las transferencias o las medidas proteccionistas en el comercio exterior, se critican no sólo porque dan origen a grandes déficit presupuestales y alimentan, así, la inflación, sino también, porque interfieren con la función de asignación que tiene el sistema de mercado al distorsionar los precios relativos.

Los países atrapados en la red de la crisis de la deuda tenían que acatar estos consejos orientados hacia el mercado antes de tener acceso a la ayuda financiera que tan desesperadamente necesitaban. Para mejorar su eficiencia, en un país tras otro, se redujeron, drásticamente, los subsidios de precios, las inversiones públicas en infraestructura y el gasto social en educación, salud y servicios públicos. Las cuentas de capital y de comercio se liberalizaron y se privatizaron las empresas públicas. Estas políticas tuvieron efectos adversos inmediatos sobre el bienestar de los pobres y, especialmente, sobre las mujeres de hogares pobres. Los costos sociales de la reproducción y mantenimiento de la fuerza laboral fueron transferidos a una esfera donde estos costos ya no eran visibles, con excepción de la carga laboral de las mujeres. Las mujeres y los pobres tenían que arreglárselas con un presupuesto doméstico bastante disminuido para satisfacer las necesidades de la reproducción social. Los estudios de caso han establecido que las políticas de ajuste han tenido efectos adversos sobre los pobres y las mujeres. Las investigaciones empíricas sobre las formas como los hogares pobres le han hecho frente a estos impactos adversos han revelado que el trabajo reproductivo de las mujeres se ha intensificado. Las mujeres absorbieron el impacto del Ajuste trabajando más tiempo y más arduamente, dentro y fuera del hogar. Igualmente, la salud mental y física de ambos sexos se deterioró en forma considerable, pero fueron, mayoritariamente, las mujeres, quienes cuidaron a los enfermos y los débiles.

Por consiguiente, el argumento de que las mujeres han tenido que soportar una parte desproporcionada de la carga del ajuste se fundamentó en dos hallazgos: i) se encontró que bajo las políticas de ajuste estructural y como resultado del empeoramiento de la distribución del ingreso y de la reorientación de la economía hacia las exportaciones, las mujeres aumentaron su participación en la fuerza laboral, para poder mantenerse a sí mismas y a sus familias. Con frecuencia, fueron incorporadas al empleo

informal en condiciones laborales desmejoradas e inseguras; ii) Las mujeres tendieron a aumentar su trabajo doméstico no remunerado debido a la caída de los ingresos.

Si bien estas políticas se llevaron a cabo para aumentar la eficiencia, la invisibilidad del trabajo doméstico no remunerado puede estar ocultando un aumento de la ineficiencia. Por ejemplo, como lo señala Elson (1995), las medidas para agilizar el sector salud, mediante las tarifas para los usuarios que llevan a estadías hospitalarias más cortas, no necesariamente aumentan la eficiencia, si causan períodos más largos de convalecencia en el hogar y mayores egresos de trabajo no monetarizado para cuidar a los convalecientes. De igual forma, aunque para las autoridades de la salud pueda representar una mayor eficiencia de costos el escoger el sitio para un nuevo hospital en las afueras de la ciudad, el centro de la ciudad puede ser una ubicación socialmente óptima cuando se incorpora en el cálculo el tiempo que los pacientes y sus visitantes tendrán que gastar viajando al hospital. En el caso de la macroeconomía, el problema es bastante similar.

No tenemos cómo evaluar el verdadero impacto de las políticas de eficiencia a escala macroeconómica, mientras el sector no remunerado permanece invisible en las cuentas nacionales. 12

Sin embargo, es apenas parte del reto el hacer visible el sector reproductivo de forma tal que se destaquen los efectos de bienestar de las diferentes políticas macroeconómicas sobre las mujeres. Igual importancia tiene la necesidad de explorar las amplias repercusiones económicas que tiene el traslado de ciertos costos sociales al sector reproductivo en el contexto de una estructura económica caracterizada por las desigualdades de género.

Las políticas contraccionistas, que son el preámbulo de todos los programas de ajuste estructural, se proponen mantener la demanda agregada bajo control mediante la reducción de la inversión/gasto público y del consumo privado. Mientras que el gasto gubernamental se reduce por orden administrativa, la reducción del consumo privado requiere la "mano invisible" de las fuerzas del mercado. El aumento de precios, generalmente, es suficiente para lograrlo por medio del "ahorro forzoso", puesto que los hogares más pobres son excluidos del consumo si no tienen otros medios para restablecer su poder de compra fuera de los servicios y transferencias gubernamentales o de otros recursos. En otras palabras, en el contexto de los programas de ajuste estructural, la estabilización del mercado y el control de la inflación, por lo general, conllevan un deterioro del bienestar de los más vulnerables.

Bajo estas circunstancias, la familia hogar se convierte en el último refugio para los pobres en su lucha por la supervivencia, en la medida en que la inseguridad social y la incertidumbre se intensifican en el mundo exterior. Así, la habilidad del "ahorro forzoso" para extraer suficientes recursos agregados para cerrar la brecha a escala macroeconómica depende, en gran parte, de la capacidad del sector reproductivo de aumentar la magnitud e intensidad del trabajo no remunerado. Como lo señala Elson (1995), el ahorro forzoso a escala macroeconómica presupone "trabajo forzoso" en el sector reproductivo. En este contexto, la violencia doméstica, o la amenaza de ella, dentro del hogar puede considerarse no solamente como un problema social extra-económico, sino, también, como una forma de extracción de trabajo.

No obstante, el sector reproductivo no puede compensar en forma ilimitada la caída en el acceso a los bienes y servicios del mercado para satisfacer las necesidades básicas vitales. Tarde o temprano, se intensifica la demanda por mayores salarios monetarios y, a partir de cierto umbral de tensión, la desintegración social comienza a hacerse sentir y el tejido social empieza a deteriorarse. Si las presiones políticas y sociales se hacen muy agudas, los gobiernos pueden verse obligados a tomar medidas que restauren los ingresos monetarios de los desposeídos para evitar la irrupción de disturbios políticos y sociales. El resultado entonces puede ser una espiral estagflacionaria, con lo cual se derrumba el propósito central de las políticas contraccionistas neoliberales al instaurar la estabilidad de precios.

Es evidente que bajo estas circunstancias no habría nada que mostrar a cambio de los tremendos sufrimientos causados por estas políticas contraccionistas. Aun cuando la mayor carga que tiene que soportar el sector reproductivo tenga éxito en la extracción del "ahorro forzoso", lo hace a expensas de iniciar un proceso de disminución acumulativa de recursos humanos en la medida en que el sobretrabajo forzoso o el ocio prolongado (proveniente del incremento del desempleo) en el transcurso del tiempo, tienen un costo severo sobre las capacidades físicas y mentales humanas. A pesar de que su importancia no ha sido plenamente reconocida, esto es bastante análogo a la disminución de recursos ambientales, lo cual puede significar --como lo ha establecido claramente la contabilidad ambiental-- que el crecimiento del PIB, en muchos casos, oculta una pérdida social neta.

Independientemente de los intercambios (*trade-offs*) que las mujeres enfrentan en términos de la asignación de su tiempo entre el trabajo remunerado y no remunerado,

existe en la actualidad una literatura amplia que documenta cómo los sesgos y desigualdades de género en el mercado de trabajo, en el acceso al crédito, en la distribución de la riqueza y del ingreso, y en la adopción de decisiones, pueden ser obstáculos en el uso efectivo y productivo de los recursos humanos para la satisfacción de las necesidades humanas. Para citar unos pocos ejemplos, la investigación de Tzannatos (1992) ha demostrado que la producción total puede aumentarse, considerablemente, al eliminar la discriminación de género en los patrones ocupacionales y de remuneración. King y Hill (1995) demuestran que las brechas de género en la educación tienen un efecto adverso sobre el crecimiento. De igual forma, especialmente en el África subsahariana, la evidencia sugiere que las desigualdades de género en el control de los recursos agrícolas restringen las respuestas en la producción que son, precisamente, lo que deben inducir las políticas de ajuste estructural (Palmer, 1991; Gladwin, 1991).

En forma similar, Collier (1994), en su análisis sobre las causas del fracaso de las políticas de ajuste estructural en África, resalta la importancia de las restricciones que deben afrontar las mujeres en sus decisiones sobre su oferta laboral, las cuales pueden ser resumidas en cuatro procesos: i) discriminación contra las mujeres fuera del hogar; ii) copiar modelos de roles específicos de género; iii) derechos y obligaciones asimétricos dentro de los hogares, lo cual conlleva incentivos débiles para que las mujeres asuman labores en la producción de productos agrícolas generadores de ingresos monetarios, lo cual está controlada por los hombres; iv) la carga de la reproducción, la cual implica el confinamiento en una gama restringida de actividades económicas compatibles con la maternidad. El análisis de Collier se concentra en los obstáculos que estos procesos crean para la movilidad laboral y la forma como ello afecta negativamente el ajuste de la producción a escala macro. Sin embargo, otros vericuetos en la retroalimentación a escala macroeconómica causados por derechos asimétricos o, más específicamente, desigualdades en la adopción de decisiones en el hogar, pueden ser igualmente importantes. Un ejemplo sorprendente lo constituye la denominada tesis de la "buena madre".

La evidencia proveniente de un grupo diverso de países, muestra diferencias de género en los patrones de gastos de consumo. Mientras que las mujeres tienden a gastar más en los hijos y en las necesidades del hogar, el patrón de gastos de los hombres tiende a desviarse hacia los bienes relacionados con el ocio (vale decir, alcohol,

tabaco, apuestas, etc.) y bienes que son símbolos de *status*. En un medio social caracterizado por la inseguridad social y la incertidumbre, no es de sorprender que las mujeres ahorren e inviertan en sus hijos, mientras que los hombres centran sus energías y canalizan sus gastos para poder tener acceso privilegiado a redes de otros hombres fuera del hogar. Así, los gastos de las mujeres fortalecen las capacidades que son directamente productivas, en tanto que los de los hombres tienden a canalizarse hacia usos "improductivos". Estos ejemplos ponen en evidencia que las desigualdades de género en la distribución del ingreso y de la riqueza, junto con los sesgos masculinos en la estructura legal e institucional de la economía, muy probablemente, tendrán efectos significativos, tanto en el corto como en el largo plazos, sobre el funcionamiento de la macroeconomía.

Diseño de modelos macroeconómicos con contenido de género

El diseño formal de modelos debe cumplir tres funciones útiles. En primer lugar, puede ayudarnos a organizar nuestro cuerpo de conocimientos y a enunciar nuestros argumentos con precisión teórica. Por tanto, podemos identificar y aislar variables clave, y especificar en forma precisa la naturaleza de la interacción entre estas variables. En segundo lugar, puede disminuir la dificultad de comunicación con aquellos economistas que tienen poco conocimiento de los datos, especialmente diseñados, sobre cómo incide el género en el funcionamiento de la macroeconomía. Finalmente, y tal vez lo más importante, el diseño de modelos formales es un paso crucial en la formulación de políticas. Los modelos simples pueden ser bastante efectivos para demostrarle a quienes formulan políticas, la eficiencia potencial de políticas con sensibilidad de género.

Se puede distinguir cuatro enfoques en el diseño de modelos con contenido de género (Cagatay, Elson y Grown, 1995a). El primer método implica la desagregación por género. En esta clase de modelos, el objetivo es destacar las implicaciones de la diferencia de comportamiento entre los dos géneros. Un ejemplo lo constituye el modelo de reasignación de trabajo de Collier (1994) durante el ajuste estructural. Aquí el objetivo del ejercicio es demostrar cómo la introducción de un solo dato especialmente diseñado --en este caso, restricciones en la movilidad del trabajo femenino-- puede alterar, significativamente, la forma de comportamiento del modelo. Por implicación, puede argumentarse que debido a que las políticas que ignoran las diferencias de comportamiento

según género no producirán los resultados deseados, es necesario diseñar un nuevo conjunto de políticas que tengan contenido de género. Otro ejemplo de este método de hacer modelos es el de tener en cuenta las diferencias en los patrones de consumo según género. Como ya se mencionó, las mujeres tienden a tener una propensión marginal más alta que los hombres a gastar en bienes que fortalecen las capacidades de los hijos. Al introducir diferencias en los patrones de consumo según género en los modelos de la nueva teoría del crecimiento, donde la inversión en capital humano y el logro educativo son importantes variables explicativas del crecimiento a largo plazo, es posible establecer las implicaciones de largo plazo si se distribuye el ingreso hacia las mujeres.

En este grupo de modelos, las diferencias de comportamiento según género son exógenas, puesto que se asume que surgen de un patrón de vida caracterizado por desigualdades de género persistentes. El método de agregación es más aplicable en unos países que en otros. En aquellas economías donde predomina la producción de bienes menores, es bastante probable que los hombres y las mujeres controlen fuentes diferentes de ingresos, o se diferencien en forma explícita respecto a sus actividades productivas de forma que puedan ser claramente identificadas. Por el contrario, en las economías que se caracterizan por tener grandes empresas públicas o privadas, las diferencias de comportamiento según género serán más sutiles y menos uniformes.

El segundo enfoque en el diseño de modelos macroeconómicos con contenido de género involucra la introducción de la dimensión de género de ciertas variables macroeconómicas en el modelo. Este enfoque se basa en la percepción de que la forma en que funcionan los mercados de trabajo, de crédito y de bienes se fundamenta en el grado de desigualdad de género existente. De igual modo, la adopción de decisiones en el hogar o en los sectores público y privado, depende de aspectos específicos de las relaciones de género. Por ejemplo, podemos imaginarnos cuáles podrían ser los cambios potenciales que se introducirían en los modelos macroeconómicos corrientes, tales como el Modelo Estándar Mínimo Revisado (RMSM), utilizado por el Banco Mundial. Para empezar, la relación entre capital incremental y producto, la cual desempeña un papel muy importante en este modelo como válvula de medición de la eficiencia global, ignora el trabajo no remunerado del sector reproductivo. Si se tiene en cuenta el trabajo no remunerado, el valor de esta relación y las recomendaciones de política del modelo cambiarían. Otra variable importante en éste y en

todos los demás modelos macroeconómicos, que tiene una clara dimensión de género, es la de la tasa de ahorro. De nuevo, la importancia relativa de los bienes no monetarizados en la canasta salarial, y la distribución del ingreso según género, como lo sugiere la tesis de la "buena madre", arriba planteada, probablemente tendrán un impacto, no sólo sobre la composición de los gastos de consumo, sino también sobre la tasa global de ahorro.

El tercer enfoque divide la economía en dos sectores: productivo y reproductivo. El primer sector comprende las variables macroeconómicas tradicionales, mientras que el segundo incluye el trabajo no remunerado, los bienes y servicios no monetarizados y las redes de recursos humanos. Aquí el objetivo es centrarse en la forma en que interactúan los dos sectores en relación con las variables flujo y *stock*. Como lo ejemplifica el modelo de Taylor (1995), estos modelos pueden ser desarrollados basándose en una matriz de contabilidad social, y se puede examinar diferentes hipótesis sobre las articulaciones entre los dos sectores.

Un cuarto enfoque consiste en utilizar una combinación de los enfoques ya mencionados. Por ejemplo, Darity (1995) combina el tercer enfoque con el primero. Divide la economía en dos sectores. El primer sector es el de subsistencia/doméstico; se asume que la producción es realizada exclusivamente por las mujeres. El segundo sector es el de la producción para obtener ingresos monetarios, en el cual hombres y mujeres trabajan juntos, pero sus actividades se tipifican por género. Los hombres controlan tanto la producción como los ingresos provenientes de ella. Cuando se necesita, tratan de sacar a las mujeres del sector de subsistencia/doméstico e incorporar su trabajo a la producción de productos monetarizables, mediante una combinación de coerción, cooperación y persuasión por compensación. Cuando se explora la forma en que la pérdida del trabajo femenino a favor del sector de los productos monetarizables afecta el producto total del sector doméstico, el modelo muestra que en una economía de bajos ingresos, segregada por género, donde las mujeres asumen la carga del trabajo/tiempo, un gran crecimiento de las exportaciones puede causar la privación nutricional de las mujeres.

Otro modelo que combina diferentes enfoques de diseño de modelos es el de Erturk y Cagatay (1995). En el contexto de un modelo de ciclo de crecimiento, examinan cómo los cambios seculares y cíclicos en el grado de feminización de la fuerza laboral y la intensidad de la fuerza de trabajo femenina doméstica influyen en el comportamiento de la macroeconomía. Plantean que un aumento en la

feminización de la fuerza laboral, probablemente, tenga un efecto positivo sobre la inversión, y que la tasa de ahorro estaría positivamente relacionada con la intensidad de la fuerza laboral doméstica femenina. Utilizaron este modelo para investigar bajo cuáles condiciones una economía en proceso de ajuste podría experimentar una recuperación económica de la economía monetaria al trasladar costos al sector reproductivo. Basándose en su análisis, concluyen que es probable tener una recuperación cuando el impacto de la feminización de la fuerza laboral sobre la inversión es más fuerte que el impacto de la intensidad de la fuerza laboral femenina doméstica sobre el ahorro. Argumentan que esto es más probable en los países de ingresos altos y medio-altos.

Estos modelos ilustran las formas en las cuales las diferencias de género desempeñan un papel en los resultados macroeconómicos. Se puede construir modelos más complicados para clarificar la política económica.

Políticas económicas

Una norma básica en la formulación de política económica tiene que ver con el principio de que las políticas deben identificar los problemas en sus orígenes, más que tratar sus manifestaciones. Varios problemas macroeconómicos discutidos en secciones anteriores de esta ponencia emanan de las desigualdades de género en los niveles micro y mesa.

De tal forma que las soluciones a largo plazo sólo serán posibles cuando, y si, estas desigualdades sean erradicadas en sus orígenes.

La creación de condiciones de igualdad para compartir las responsabilidades reproductivas y la adopción de decisiones en el hogar; el ofrecer a las mujeres un acceso igual a los recursos económicos; la educación y la capacitación laboral; la erradicación de las barreras legales, institucionales y culturales que impiden o hacen desventajosa la participación de las mujeres en la actividad económica y en la adopción de decisiones a escala política, son apenas unos pocos ejemplos de los objetivos que se deben proponer las políticas de largo plazo en los niveles micro y meso. 13 Sin embargo, esto no implica que las políticas macroeconómicas no necesiten o no puedan tener un contenido de género. Debe reconocerse que las políticas macroeconómicas tradicionales que se presume son neutrales ante el género, en realidad son ciegas ante el género, puesto que tienen efectos asimétricos sobre el género, claramente identificables en los niveles micro y meso.

La política fiscal es un buen ejemplo de cómo las políticas macroeconómicas necesitan y pueden ser exami-

nadas en relación con sus efectos de género. En países tan diversos como Canadá, el Reino Unido, Australia y Sudáfrica, se ha desarrollado iniciativas y cuentas del presupuesto de las mujeres como mecanismo de intervención en la formulación de políticas a escala macroeconómica. Son utilizadas para revisar y analizar los presupuestos y gastos nacionales, y determinar cuáles grupos se benefician de las políticas económicas, y si se les ha incorporado sesgo S en contra de las mujeres, los pobres u otros grupos en condiciones de desventaja. En estos esfuerzos, el objetivo final ha sido el de hacer que la política macroeconómica responda a las necesidades de los grupos despojados de derechos. 14

Por ejemplo, la iniciativa del presupuesto de las mujeres de Sudáfrica, reconoce que las mujeres no son un grupo homogéneo y que las mujeres africanas son particularmente pobres como resultado de la herencia del *apartheid*. Por consiguiente, tener a las mujeres como objetivo se considera una estrategia efectiva para reducir la pobreza. En el análisis de las asignaciones presupuestales, se prepara una lista de verificación que se aplica a cualquier tipo de gasto público:

"¿Cuánto se gasta y en qué?"

"¿Cómo se proveerán los servicios?"

"¿Cómo se relaciona el gasto con el abastecimiento de bienes por parte de las organizaciones de negocios, de las organizaciones voluntarias y de los grupos comunitarios?"

"¿Cómo relaciona el gasto con la provisión de servicios informales y no remunerados de las redes domésticas y familiares?"

"¿Quiénes se beneficiarán en términos del acceso a servicios?"

"¿Quiénes se beneficiarán en términos del empleo del sector público?"

"¿Cómo pueden las mujeres pobres acceder a más tiempo, mejor nutrición, salud y mejores destrezas?"

Una lista de verificación parecida se prepara respecto a medidas dirigidas a obtener recursos, tales como impuestos y tarifas para los usuarios. Esta lista incluye preguntas sobre los efectos que tales medidas tienen sobre varios grupos en términos de reducción de ingresos, consumo, acceso a servicios (a través de tarifas para usuarios), así como una pregunta sobre cuáles serían los grupos que tendrían que soportar una carga de trabajo mayor en términos de tiempo de trabajo no remunerado resultante de las medidas dirigidas a obtener recursos. Otra pregunta se refiere al papel que desempeña la política

fiscal en la promoción de normas, costumbres y estilos de vida.

El presupuesto de las mujeres sudafricanas también ha contribuido a identificar sesgos inherentes al proceso presupuestal. Por ejemplo, ha revelado que el presupuesto nacional se diseñó bajo el supuesto del estereotipo de un ciudadano varón (blanco) con un empleo de nueve a cinco en el sector formal urbano con una esposa e hijos dependientes. No obstante, en relación con el total de la población económicamente activa, el empleo del sector formal es pequeño; las mujeres que son un poco más de la mitad de la población predominan en el sector informal, entre los desempleados y en las áreas rurales que son las que se encuentran en mayor desventaja.

Otro ejemplo en el área de las políticas de transporte, revela de nuevo un sesgo similar inherente a los supuestos que subyacen al diseño de las políticas. En África del Sur, la mayoría de los usuarios del transporte público son mujeres y africanos. Para las familias pobres, el transporte es el segundo gasto en importancia después de los alimentos. Sin embargo, los subsidios de transporte se aplicaban solamente a quienes tuvieran tiqueteras semanales o mensuales, y discriminaban a quienes no tuvieran empleos permanentes. Las personas desempleadas en busca de empleo, así como las del sector informal--la mayoría de las cuales son mujeres-- que viajan en intervalos y rutas irregulares, no clasifican para el subsidio. Además, también se encontró que los subsidios al transporte privado, bajo la forma de deducciones de impuestos, facilidades para estacionar gratuitamente y otras, eran con frecuencia mayores que los subsidios para el sistema de transporte público. No obstante, los que usan el transporte privado provienen de hogares relativamente acomodados que son los que menos necesitan los subsidios gubernamentales.

Estos ejemplos demuestran que es importante tener en cuenta, no solamente el tamaño del déficit/superávit nacional, que es lo que tradicionalmente preocupa a los economistas, sino, también, la combinación del gasto y los ingresos que lo producen.

Generalmente, se argumenta que en el proceso presupuestal debe haber dos preocupaciones principales: la eficiencia en el uso de los recursos y la movilización de nuevos recursos (Pyatt, 1993). Como lo señala Elson (1996), en relación con ambas preocupaciones el análisis de género puede desempeñar un papel importante, al asegurar que:

i) se defina, adecuadamente, la eficiencia en el uso de los recursos. Las políticas macroeconómicas que pare

cen aumentar la eficiencia en la economía formal pueden ser un simple artefacto causado por la transferencia de costos al sector reproductivo de la economía.

ii) los esfuerzos de movilización de recursos nuevos tienen en cuenta el hecho de que el trabajo de las mujeres es un recurso sobre-utilizado. Esto significa que debido a que los hogares no necesariamente ponen en común todos sus recursos, el impacto de diversos impuestos variará según el género.

iii) el diseño de política referente al patrón de gastos tiene en cuenta las externalidades específicas de género. Un importante ejemplo de ello es el trabajo de cuidar que realizan las mujeres, el cual tiene amplios efectos sobre la economía en su conjunto que trascienden la familia.

iv) la sostenibilidad se entiende en un sentido más amplio, el cual incluye los recursos sociales/humanos intangibles, el *goodwill*, la confianza, la estabilidad social y las redes de solidaridad. Ya se está reconociendo que el marco social no es invariable ante las políticas macroeconómicas y que la excesiva confianza en las políticas contraccionarias en la estabilización macroeconómica puede abusar severamente del marco social al crear un desempleo extendido y una capacidad instalada ociosa.

Género y PNUD

Para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), al igual que para otras instituciones de desarrollo, la incorporación de una perspectiva de género en todas las políticas y programas es un mandato de la plataforma de acción de Beijing.

Sin embargo, para el PNUD, este mandato es más que una cuestión de cumplimiento formal, puesto que el paradigma de desarrollo, el desarrollo humano sostenible promovido por el PNUD, plantea la igualdad de género como uno de sus pilares; los otros son la reducción de la pobreza, la regeneración ambiental, el crecimiento del empleo y la calidad de vida sostenible. Entre éstos, el centro de atención del PNUD es la reducción de la pobreza y ser libres de pobreza se considera un derecho humano. No obstante, los otros pilares del DHS son igualmente importantes puesto que, por ejemplo, sin el *empoderamiento* y avance de las mujeres, vale decir, la promoción de la igualdad de género, no puede reducirse la pobreza (PNUD, 1998). Dentro del marco del desarrollo humano sostenible, el PNUD también promueve la gobernabilidad democrática, el respeto por los derechos humanos, en general, y enfoques basados en la participación popular en la formulación de políticas. El *empoderamiento* de las mujeres y de los pobres se con

sidera crucial para los procesos participativos y democráticos de formulación de políticas.

Ello no significa que la igualdad de género se enfoque desde una perspectiva instrumentalista.¹⁵ El PNUD considera los derechos de las mujeres como derechos humanos, al igual que lo hace con el derecho a ser libres de pobreza. La cuestión radica entonces en cómo y mediante cuáles políticas y programas pueden ser concretados los derechos a la igualdad de género y a ser libres de la pobreza, más que en debatir si estos derechos son metas en sí.

Desde un punto de vista macroeconómico, ello involucra la identificación de políticas que promuevan la igualdad de género y los tipos de crecimiento que contribuyen a reducir la pobreza y las desigualdades sociales de forma sostenible y amigable con el medio ambiente. Por consiguiente, la incorporación de género en las políticas macroeconómicas es consistente con el marco general de políticas de desarrollo del PNUD. En este sentido, en el PNUD se ha llevado a cabo varias iniciativas conducentes a la incorporación de género en las políticas macroeconómicas:

1. En asociación con la Fundación Ford y la Universidad de Utah, el PNUD ha apoyado investigaciones en el área de "Introducción de género en la macroeconomía y en la economía internacional". Un grupo de trabajo internacional de economistas ha conducido investigaciones para profundizar en los niveles de análisis conceptuales, de modelización, empíricos y de formulación de política. ¹⁶ El siguiente paso en este proceso será la producción de manuales y material de entrenamiento que pueda ser utilizado, tanto por las oficinas nacionales del PNUD, como por una serie de diseñadores de política, grupos de la sociedad civil y otros aliados del desarrollo.

2. La meta final de la integración del género en la macroeconomía es la de producir instrumentos de política que tengan sensibilidad de género. Para este propósito, se

ha adoptado otra iniciativa para apoyar la producción de modelos de simulación más detallados e incorporar el género en ellos; por ejemplo, para predecir el impacto de una variedad de políticas sobre las mujeres y los hombres al igual que sus impactos sobre los pobres.

3. En conjunto con otras agencias y fundaciones, el PNUD ha apoyado la iniciativa de presupuesto para las mujeres en Sudáfrica y está interesado en apoyar iniciativas semejantes, que integran a los gobiernos y a grupos de la sociedad civil para examinar los sesgos de género y contra los pobres que persisten en la política fiscal.

4. Introducir el género en la macroeconomía o en cualquier otro tipo de política supone la disponibilidad de información desagregada por género. El PNUD, junto con la OIT, la División de Estadística de Naciones Unidas, el CIID (Centro Internacional de Investigación para el Desarrollo, Canadá) y las oficinas de estadísticas de algunos países, ha iniciado un proyecto piloto sobre "Introducción de género en las estadísticas laborales". El proyecto involucra el mejoramiento de la recolección de información sobre trabajo remunerado y no remunerado con contenido de género en cerca de una docena de países. En la recolección de información sobre trabajo remunerado, un área de particular interés es la mejor documentación sobre el empleo informal, el cual es ejercido por mujeres en forma desproporcionada. Este proyecto también involucra encuestas sobre el uso del tiempo, necesarias para los análisis macroeconómicos y la formulación de políticas con contenido de género.¹⁷

Se espera que estas iniciativas contribuyan al diseño y vindicación de políticas que promuevan la igualdad de género y otros tipos de igualdad social, la eliminación de la pobreza y la indigencia, no sólo por parte de quienes formulan las políticas, sino, también, por parte de grupos de la sociedad civil, cuyos esfuerzos son cruciales para el establecimiento de la conexión entre el género y la macroeconomía.

Notas

* Esta es una versión revisada de una ponencia preparada para la Reunión de Expertas del *World Survey on the Role of Women in Development*. julio 1-3 de 1999, en Ginebra, Suiza. Quiero agradecer a los organizadores y participantes de la conferencia sobre "Macroeconomía, género y Estado" realizada en Cartagena, Colombia, en junio de 1998, por sus preguntas y comentarios; agradecimientos especiales para Elvia Caro y Anita Rico, editoras de esta publicación, y a Patricia Prieto por la traducción.

¹ Véase Benería (1995) para una exposición detallada.

² Un supuesto implícito es que aumentar los niveles de ingreso *per capita* aumenta el bienestar de las sociedades o que ello es sinónimo de "desarrollo". Los mayores niveles de ingreso *per capita* sí están correlacionados con un número de indicadores de bienestar tales como logro educativo y mayor esperanza de vida. Lograr tasas de crecimiento altas también es importante para reducir la pobreza; sin embargo, es obvio que tasas altas de crecimiento no garantizan un goteo automático de beneficios económicos para todo el mundo. El enfoque del desarrollo humano sostenible promovido por el PNUD es uno de los paradigmas que han desafiado la ecuación de crecimiento con desarrollo, sin negar la importancia del crecimiento para alcanzar el desarrollo humano. Véanse varios Informes de Desarrollo Humano.

³ Véase Cagatay, Elson y Grown (1995b) para ejemplos de tales trabajos.

⁴ Por el contrario, el paradigma económico central, la economía neoclásica, toma al individuo como su categoría básica de análisis. Se asume que los seres humanos, a través de la historia y en todas las culturas, persiguen la maximización de su utilidad o su interés propio en forma racional. El "Hombre Económico Racional" *uHomo Economicus* es el actor económico idealizado, con un ser separable y preferencias bien definidas y dadas exógenamente. En esta conceptualización transhistórica, transcultural del comportamiento humano, no hay lugar para la empatía, el comportamiento conflictivo, la formación social de 'preferencias', que determinan los patrones de consumo o el moldeamiento social del comportamiento económico en general. El individuo racional, entre otras dimensiones de identidad, carece de

género. Las economistas feministas, junto con otros economistas que no pertenecen a la corriente central de la economía, han criticado el concepto del Hombre Económico Racional. Para críticas desde una perspectiva feminista, véase Nelson y Ferber (1993), entre otras muchas.

⁵ Véanse Edholm, Harris y Young (1979), Benería (1979) y Picheio (1992) para una discusión sobre los significados de reproducción.

⁶ Algunas actividades reproductivas, tales como la educación o la atención en salud son realizadas por el Estado o el "sector privado" utilizando *trabajo* remunerado. Por tanto, no hay una correspondencia estricta entre trabajo no remunerado y reproductivo por un lado, y trabajo remunerado y productivo, por otro. Sin embargo, aún cuando *asumen la forma remunerada*, las *actividades del trabajo de cuidar* todavía son, mayoritariamente, realizadas por mujeres.

⁷ Sin embargo, esta división del trabajo basada en el género no ha significado cargas de trabajo iguales para hombres y mujeres. La carga de trabajo total de las mujeres excede el trabajo hecho por los hombres en la economía mundial. Véase PNUD (1995).

⁸ Véanse Benería y Sen (1981), Elson y Pearson (1981), Bergmann (1974), Sawhill (1977), Ferber y Birnbaum (1977), Hartrnann (1979), Young, Wolkowitz y McCulloch (1981), Folbre (1982, 1986, 1994). Agarwal (1994), Ferber y Nelson (1993), Sen (1990), entre muchos ejemplos. Véase, también, *Feminist Economics*, la publicación oficial de la International Association for Feminist Economics (IAFFE), asociación fundada en 1992. IAFFE tiene un espacio en Internet en <http://www.bucknell.edu/ishackelliaffe>

⁹ Véase Benería (1992) sobre el trabajo no remunerado, Rubery (1988) sobre ciclos y patrones de empleo con contenido de género.

IOUNICEF también realizó una de las primeras y muy influyentes críticas sobre las políticas de ajuste estructural. Sen y Grown (1987), articularon para la Conferencia Mundial de Mujeres en Nairobi (1985), las críticas feministas al ajuste estructural. ONG como DA WN, una ONG de mujeres del Sur, fueron clave en la incorporación de estas posiciones en las Estrategias hacia

adelante de Nairobi y en la Plataforma de Acción de Beijing. Esta última hace mandatoria la incorporación de la perspectiva de género en todas las políticas y programas, incluidas las políticas macroeconómicas y de comercio. Este es un mandato no sólo para los 185 gobiernos que firmaron la plataforma, sino, también, para las instituciones regionales e internacionales, tales como el Banco Mundial, el FMI y todas las instituciones de Naciones Unidas.

¹¹ Para ejemplos de trabajo en esta literatura, véanse Standing (1989), Commonwealth Secretariat (1992), Elson (1991 a; 1991 b), Moser (1992; 1996; 1998), Benería y Roldán (1987), Sen (1991), Benería y Feldman (1992), Afshar (1992), Bakker (1994), Sparr (1994), Cagatay y Ozler (1995), Gonzales de la Rocha (1994), Floro (1995).

¹² Para la evaluación de la efectividad de los programas de ajuste en el aumento de la eficiencia global de la economía, el Banco Mundial se apoya en las estadísticas de la relación entre capital incremental y producto. Una caída en esta relación se interpreta como un reflejo del mejoramiento de la eficiencia global de la economía. Sin embargo, las estadísticas de relación capital producto, comúnmente, se calculan a partir de estadísticas que ignoran el trabajo no remunerado. De tal forma, que dada la invisibilidad del sector reproductivo, la caída en esta relación puede estar ocultando un aumento de la ineficiencia (Elson, 1995).

¹³ Sin embargo, algunas políticas a escalas meso y micro pueden llevarse a cabo globalmente. Por ejemplo, puede ser políticamente difícil aumentar los derechos laborales de las mujeres (o normas laborales en general) en economías abiertas en las cuales las mujeres están, mayoritariamente, ubicadas en los sectores exportadores por temor de perder competitividad. De tal forma, que en una economía global cada vez más integrada, todos los países (o regiones) deben hacer algunas intervenciones, lo cual requeriría una acción colectiva transnacional y estructuras de gobernabilidad globales.

¹⁴ Véase Budlender (1996, 1997) para un análisis detallado de las iniciativas presupuestales de las mujeres sudafricanas. La siguiente discusión sobre el caso sudafricano se basa en estas publicaciones. Véase Elson (1996) para una discusión general sobre las iniciativas presupuestales de las mujeres.

¹⁵ Algunas feministas han argumentado que la igualdad de género debe buscarse dentro del marco de los "derechos humanos", más que como un instrumento para el logro de objetivos, tales como la "eficiencia". No obstante, no hay contradicción entre la búsqueda de la igualdad de género como un derecho humano y, a la vez, tratar de formular políticas que refuercen objetivos, tales como el de crecimiento (sin tener, necesariamente, que identificarse con un concepto neoclásico de eficiencia). La igualdad de género y las metas macroeconómicas, tales como el crecimiento, no tienen que implicar un *trade-off*, aunque, a veces, la desigualdad de género puede estar asociada con una mayor ganancia y, tal vez, con una tasa de crecimiento mayor durante un tiempo. Por ejemplo, el mantener bajos los salarios de las mujeres en los sectores exportadores, tales como el de las confecciones o el de los textiles puede ser parte de la estrategia de competencia internacional de un país. Sin embargo, una estrategia de competencia basada en salarios bajos puede no ser sostenible en el largo plazo. El mejoramiento continuo de la tecnología y el incremento de la productividad son esenciales para la creación de ventajas competitivas (Cagatay, 1996). Un argumento parecido es válido respecto a otras desigualdades sociales, las cuales pueden estar asociadas con una rentabilidad o crecimiento altos en determinadas condiciones; no obstante, las estrategias de crecimiento basadas en las desigualdades sociales, además de ser objetables en términos éticos, se vuelven social y, por tanto, políticamente insostenibles al dar origen a conflictos de clase, raza y étnicos.

¹⁶ El grupo ha existido desde 1994 y sus primeros resultados de investigación fueron publicados en Cagatay, Elson y Grown (1995a).

¹⁷ Se ha presentado un debate sobre la evaluación del trabajo no remunerado y su incorporación a las Cuentas Nacionales. Algunas personas dentro del movimiento feminista temen que hacer visible el trabajo no remunerado de las mujeres llevará a que se hagan demandas de "salario por trabajo doméstico", las cuales encasillarán a las mujeres en el "trabajo doméstico" y harán que las desigualdades de género se perpetúen. Otras consideran que los esfuerzos por asignar valor al trabajo no remunerado son problemáticos, puesto que cualquier evaluación basada en los precios de mercado tendrá sesgos de género porque los precios de mercado tienen sesgos de género. Lo que se está discutiendo acá

es que para poder hacerle seguimiento a los efectos de retroalimentación entre la economía remunerada y la no remunerada, necesitamos las encuestas de uso del tiempo e, idealmente, deben realizarse anualmente a lo largo de las crisis macroeconómicas. Sin embargo, tales ejercicios no necesariamente requieren de una evaluación del trabajo no remunerado a precios de mercado

con sesgos de género. El problema de los precios de mercado con sesgos de género plantea interrogantes más complejas acerca de la precisión de las cuentas de ingresos, en general, y sobre lo acertado de las posiciones políticas que sólo promueven "acertar en los precios". Desafortunadamente, estas cuestiones están fuera del alcance de esta ponencia.

